



Hace ahora doscientos años—en noviembre de 1748—falleció el geógrafo Maldonado, que había nacido en 1709. En la efemérides **MUNDO HISPANICO** recuerda la figura del excepcional cartógrafo, que está considerado como uno de los más ilustres científicos del siglo XVIII, y, como homenaje a su memoria, ofrece la biografía de la doble ciudad ecuatoriana de Riobamba, en la que nació este gran hombre hispanoamericano.  
(En la foto, monumento a Maldonado, en la nueva Riobamba.)



# RIOBAMBA, LA DEL CHIMBORAZO, CIUDAD DE ARMAS Y LETRAS

**L**A furia del volcán, sus bramidos ensordecedores y el aproximarse de la noche, que no el temor de la derrota ni el decaer de los ánimos, impusieron forzada tregua a la singular batalla en que se encontraban empeñados españoles e indígenas, a más de tres mil metros de altura, en los páramos inhóspitos de Tiocajas, en los Andes ecuatorianos.

Este episodio, decisivo para la conquista y pacificación del reino de Quito, sería el preludio de la fundación de la primera y más antigua ciudad castellana en tierras de lo que es hoy República del Ecuador.

Las huestes de Rumiñahui, que en Tiocajas tuvieron en jaque a los soldados de Benalcázar, ya no podían agruparse para ofrecer seria resistencia. Cuando más, episodios aislados, como aquel del que, por milagro, saldrían con vida treinta españoles de a caballo súbitamente rodeados por más de cinco mil indios que "a puñados de tierra pudieron cegarlos". Forzados a pedir auxilio a sus compañeros, no menos apremiados de enemigos, recibieron la desesperada respuesta que les diera Benalcázar: "Si treinta de a caballo no os bastáis para defenderos, enterraos vivos."

Mas para los planes del marqués Pizarro y el mariscal Almagro—a cuyo nombre obraba su adelantado Benalcázar—, en el horizonte presentíase venir grave contratiempo y amenazador peligro. Aventajado capitán en hazaña difícilmente superada en la historia de los padecimientos y las tribulaciones, después de desembarcar en las costas de Manta, cruzar toda la extensión selvática y surcada de ríos que separa la Mar del Sur de los Andes, transmontaba la cordillera occidental y se aproximaba al lugar en que Benalcázar se reponía de la última refriega. El renombre del gobernador de Guatemala, D. Pedro de Alvarado, congregó en torno suyo a cuanto había de más florido entre los hidalgos que yacían, sin esperanza de nuevas y promotoras empresas, al sur del Yucatán. Atraídos por los pregones de tan esforzado Gobernador, más de quinientos hombres de pro siguieron sus banderas, trocando la apacible molición de la vida civil por el embrujo de lo desconocido y la tentación de ilusorias promesas.

Este ejército, aun cuando maltrecho y desmedrado por las penalidades del viaje, al llegar al callejón interandino era superior, con mucho, al reducido grupo de soldados que rodeaban a Benalcázar. Informado Almagro del serio peligro que significaba un tan poderoso competidor de sus conquistas, vuela desde San Miguel de Piura para reforzar a Benalcázar. Le da alcance junto a la laguna de Colta, y luego de reprocharle la precipitación con que había procedido contraviniendo las órdenes de Pizarro, acuerdan fundar en llanura de Riobamba, a corta distancia de la laguna, la ciudad de Santiago de Quito, la más antigua de cuantas fundaran los españoles en el reino de Quito.

De este modo, y para legitimar con justo título la ocupación materialmente realizada días antes, se establece la ciudad y se organiza su primer cabildo el 15 de agosto de 1534. En ella, poco después, los tres esforzados capitanes—Almagro, Benalcázar y Alvarado—se darían cita para dirimir la contienda, fijar posiciones y pactar compromisos hábilmente sugeridos por el sevillano Dr. Caldera. Guárdanse las espadas próximas a intervenir en la refriega, serénanse los ánimos, y esta vez la inteligencia del letrado obtendría la victoria, evitando que las armas lleguen a enrojecerse con la sangre de los conquistadores en una guerra fratricida que hubiera sido ruinoso para los españoles y la ocasión propicia y esperada por los indígenas para una nueva y fatal acometida.

Alvarado reconoce el justo título invocado por Almagro, desiste de su empresa y, a cambio de una cuantiosa compensación económica por los gastos realizados, retorna a su gobernación; pero sus seguidores, conquistados por la bondad natural de las nuevas tierras, ya no regresarán en pos de sus banderas.

De esta primera fundación, de esta cita de caballeros, de este razonable entendimiento entre las armas y las letras, brota la raíz hispánica de la nación quiteña.

\* \* \*

El 6 de diciembre de 1534, eliminada la resistencia indígena, fúndase la villa de San Francisco de Quito, sobre las ruinas que de la vieja e histórica ciudad de los shirys dejara Rumiñahui, humeantes aún los escombros de los palacios con que la enrique-



Arriba: Riobamba y, al fondo, el Chimborazo.—Abajo: Mercado indio, en Riobamba.

ciera Huainacapac, consumidas por el fuego las que fueran moradas de Atahualpa y destruidas para siempre las huellas pretéritas de quitus, caras e incas.

Esta segunda fundación no destruye la primera; mas el prestigio de capital—vieja historia de todas las edades y latitudes—hará que Santiago de Quito pierda supremacía política y se transforme en la villa del Villar Don Pardo, nombre que le diera su corregidor Martín Aranda de Valdivia, en memoria del condado del virrey del Perú D. Fernando de Torres y Portugal.

San Pedro de Riobamba se llamará más tarde, y con este nombre la citarán muchas veces los historiadores "por haber sucedido en ella los lances más ruidosos de la conquista".

Destruída en algunas ocasiones hasta sus cimientos por los terremotos que han aso-

( C O N T I N U A E N L A P A G I N A 5 6 )

en sus sellos, para propagarlos por el mundo, los más variados asuntos. Desde los rostros de sus hombres relevantes hasta trozos de música, como hicieron Bolivia y la República Dominicana, en cuya iconografía postal figuran algunos compases de sus himnos nacionales respectivos; desde barcos y aviones hasta paisajes y edificios, cuadros y flores, plantas y animales.

Y si la Administración del Estado procede así, los filatelistas, entre los que figuran desde los reyes a las genies más modestas—en España lo fué Don Alfonso XIII, y lo son el Rey de Inglaterra, el de Egipto y figuras destacadísimas en todos los campos de la actividad—, se organizan en asociaciones, algunas importantísimas, como una de Londres, que poseía incluso el edificio social de su propiedad. Estas asociaciones llevan a cabo, solas o con el apoyo del Estado, exposiciones filatélicas de extraordinaria importancia, como la que los Estados Unidos organizaron el pasado año, y en la que se exhibieron las mayores rarezas en la materia, exposición que, a pesar del precio de entrada algo elevado—60 centavos—, fué visitada por más de 175.000 personas.

Se editan revistas, catálogos amplísimos y libros de verdadera investigación histórica sobre los sellos de Correos, alguno de los cuales ha sido galardonado por la Academia Francesa.

Se han creado premios magníficos, como en Inglaterra y Alemania, para los coleccionistas más destacados por su labor, e incluso se ha llegado en Francia a la constitución de una Academia de la Filatelia, en la que se agrupan aficionados del más alto prestigio.

Y todo ello en torno a ese trocito de papel que un buen día Rowland Hill consiguiera ver adoptado por Inglaterra como signo de pago del franqueo, hecho que produjo una completa revolución en el servicio de Correos, contribuyendo de modo decisivo a su extraordinario desarrollo. Iniciativa ésta que rápidamente se extendería por el mundo entero hasta los más apartados rincones. Hoy, Sir Rowland Hill tiene en su patria dos estatuas que recuerdan al creador del sello.

Establecido el sello postal en Inglaterra en 1840, propuso su creación en España el ministro D. Fermín Caballero tres años después; pero este proyecto no se realizó hasta que, en 1849, el Conde de San Luis logró llevarlo a la práctica. Y el 1.º de enero de 1850 empezaron a circular en España las cartas con el primer trocito de papel: el seis cuartos en color negro.

Así quedó consagrado también el sello en España como elemento fundamental del servicio de Correos.

Al año siguiente apareció uno que al correr del tiempo habría de ser el más valioso de todos los españoles: el de dos reales, que hoy se cotiza en muchos miles de pesetas. Un error de impresión determinó que su color normal, naranja rojizo, se cambiase en azul en algunos, los cuales, por esta causa, alcanzarían un precio fabuloso. De esta clase de sellos sólo existen actualmente en el mundo tres únicos ejemplares, que de venderse podrían hacer ricos a sus afortunados poseedores.

Antes hemos señalado la fecha en que en España se comenzaron a emplear los sellos: el 1.º de enero de 1850. Pronto, pues, se cumplirán los cien años de aquella efemérides, y es seguro que, al igual que vienen haciéndolo otros países, este centenario no pasará inadvertido en España.

¿Qué actos se organizarán para conmemorarlo? No lo sabemos, ni es fácil que estén aún determinados. Pero hay uno que creemos será obligado, máxime en esta época de extraordinario resurgir que la filatelia española vive actualmente. Nos referimos a la celebración de un certamen del sello, con exposiciones y actos de toda índole referentes al tema filatélico.

Pero este certamen pudiera tener un especialísimo carácter, del que vamos a ocuparnos, aunque sólo sea muy superficialmente. De 1950 a 1962 inclusive, es decir, en un plazo de trece años, doce naciones hispanoamericanas celebrarán el primer centenario de la creación de su sello de Correos, y en algún año, como en 1956 y en 1958, coincidirán en ello tres países.

¿Por qué no aprovechar el año 1950 para que, al mismo tiempo que se celebre el centenario de la creación del sello en España, organizar una gran Exposición filatélica de carácter hispanoamericano, en la que colaborasen las naciones de habla castellana por medio de sus administraciones postales, asociaciones filatélicas, revistas, comerciantes, etc., es decir, todos los elementos relacionados con el sello, que podrían acudir a España con sus colecciones, considerando que la Exposición Hispanoamericana de Filatelia habría de ser la Exposición de todos y cada uno de aquellos países? Y en torno a este certamen, cabría organizar otros muchos actos de índole diversa y de distinto alcance.

Hoy existen en América numerosas sociedades filatélicas integradas por un nutrido número de excelentes coleccionistas. Son bien conocidas las de Buenos Aires, Córdoba, Rosario, y muchas otras de la Argentina; las de Méjico, Santiago de Chile, Montevideo, Paraguay y el resto de casi toda Hispanoamérica. Hay revistas magníficas, como "Paraguay Filatélico", "Afra"—publicación platenense—, la "Revista de la Sociedad Filatélica Argentina", y varias más que hemos de omitir por no hacer interminable esta relación.

La organización en España de un gran Certamen Filatélico Hispanoamericano en 1950 sería, indudablemente, una bella empresa de incalculables y beneficiosos resultados.

Desde estas páginas invitamos a todas aquellas personas, entidades y revistas relacionadas con la filatelia, tanto en España como en América, para que estudien y consideren las posibilidades de este Certamen. Y con auténtica gratitud acogeríamos cuantas propuestas y sugerencias se nos enviasen referentes a la futura labor encaminada al logro y realización del proyecto indicado, cuya espectacularidad rebasaría todas las previsiones. Una exhibición de sellos, aparte de su interés meramente filatélico, tiene también valores históricos y estéticos dignos de ser clasificados en el lugar que ya le corresponde en el mundo de hoy.

J O S E M A R I A F R A N C E S

(Jefe de la Oficina Filatélica de Correos en España).

lado la comarca, otras tantas resurgirá pujante de sus propias cenizas, "realizando prácticamente la más bella afirmación histórica del fecundo mito simbolizado por el ave sagrada de los griegos". En ella se avecindarán "muchas familias de distinción, pues la mayor parte de las establecidas en Quito derivan su origen de esta villa o están enlazadas con ellas, porque desde el principio de la conquista se avecindaron y establecieron allí las más lucidas que fueron de España y permanecen como en lugar solariego procurando con mucho cuidado no mancillar su nobleza por las alianzas, que por lo regular se hacen entre parientes de los apellidos ilustres de Villarroel, Velasco, Zambrano, Villagómez, Orozco, Flores, Vallejo, Dávalos, Villavicencio, etc. Sus naturales son de genio dócil y agudo ingenio, corteses y afables" (Antonio de Alcedo: "Diccionario Biográfico Histórico de las Indias Occidentales o América").

Con el pasar de los años y el esfuerzo de sus hijos, la villa se desarrolla altiva y pujante, industriosa y creadora. Embellecida con amplias y suntuosas iglesias, cuidadas y limpias calles, austeras y blasonadas mansiones—orgullo de la arquitectura civil de aquellos tiempos—, numerosos obrajes y batanes en sus contornos y en la amplitud del horizonte, en el marco de plata de sus nevados campos sembrados de cuanto puede producir la tierra.

**CUNA DE MALDONADO**

Sus habitantes aman las ciencias, las letras y las artes, y en ellas sobresalen. Don Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor llega a ser la primera figura científica de aquellos tiempos en la presidencia de Quito; colaborador activo y eficaz de la Misión geodésica que en el siglo XVIII midió el arco del meridiano terrestre, trazó y construyó a sus expensas el camino de Quito a Esmeraldas; levantó la carta geográfica de la provincia de Quito—monumento perdurable a su gloria—; surcó el Amazonas en compañía de La Condamine, y en Europa mereció atenciones especiales de las corporaciones científicas más ilustres de aquellos tiempos, como la Academia de Ciencias de París y la Real Sociedad de Londres. Cuando se proponía retornar a su tierra nativa, después de alcanzar valiosas confirmaciones para su adelanto, nuevas maquinarias para la industria y privilegios para su ennoblecida villa, la muerte tronchó sus afanes en plena juventud.

De la misma villa fué nativo el P. Juan de Velasco, que en la ciudad de Faenza entretuviera sus ocios de proscrito reconstruyendo la prehistoria e historia del reino de Quito y salvando del olvido la producción literaria de los jesuitas americanos expulsados de América por la pragmática de Carlos III.

También en la villa de San Pedro de Riobamba vendrían a la vida los hermanos Orozco, uno de ellos cantor de la "Conquista de Menorca" y los dos espíritus privilegiados para la delicadeza y ensoñación del verso.

Casta de hidalgos, en la villa estarán representadas las Ordenes militares de Alcántara, Santiago y Calatrava. Herederos de la estirpe un tanto quijotesca, se aprestarán a quebrar lanzas por el ideal, encárnese éste en la lámpara del Santuario, el honor de la Patria o el amor de Dulcinea.

Por hechos memorables y por la alta calidad de sus habitantes, merece el título de ciudad muy noble y muy leal y por escudo de armas "un cáliz con la Hostia consagrada, dos llaves que se cruzan y dos espadas desnudas que, bajando de los dos lados altos del escudo por entre las llaves, se juntan y clavan en la cabeza de un hombre". Recuerda este emblema la demostración de fe de sus habitantes en defensa del "Dogma batallador".

Cuentan las viejas crónicas que en las afueras de la villa un desconocido—extranjero por su acento—pedía limosna por Dios o por el diablo. De los dos ha habido siempre devotos. Atraído por el concurso de gente que el día de San Pedro—patrono de la villa—se dirigía al templo, perdido entre la muchedumbre, llega a la población y penetra en la iglesia. Desarrollábanse con la mayor solemnidad y pompa los divinos Oficios. El Cabildo, con su corregidor a la cabeza, ocupa los estrados contiguos al altar mayor. De pronto, en el momento de la consagración, el luterano—que así identifican las crónicas al extranjero—lánzase en actitud infernal contra el celebrante, pretende victimarlo y le arranca de las manos la Sagrada Forma. Indignación y furia indescriptibles se apoderan de los circunstantes. El corregidor, los miembros del Cabildo y cuantos caballeros de calidad están presentes desenvainan sus aceros y, a los pies del sacerdote, dan justa muerte al osado que pretendió profanar el Sacramento.

Fieles a la tradición de sus mayores, siglos antes de que se proclamara el dogma de la Inmaculada Concepción, en los templos de la vieja ciudad se ha grabado la siguiente significativa inscripción: "Nadie pase de este umbral — sin que jure por su vida — que María es concebida — sin pecado original."

**EL TERREMOTO DE 1797**

La cuidadosa y esmerada solicitud de sus hijos, su afán de formación y trabajo y su honradez a carta cabal, habían conseguido que la ciudad prosperase hasta llegar a ser la segunda de las del Reino a fines del siglo XVIII. Lamentablemente, el fruto de tantos y tan solícitos cuidados, la obra de la tenacidad y la constancia durante varios siglos vendrían a quedar sepultados por el cataclismo que el 4 de febrero de 1797 destruyó la ciudad, aplastándola con la mole que se desprendió de la colina en cuyas faldas confiadamente se recostaba la ciudad. Nada quedaría de la orgullosa arquitectura de sus templos y casas. Escombros donde hasta ayer se alzaban enhiestas torres y suntuosas mansiones; fragmentos de piedras primorosamente labradas atestiguan su destruida pujanza, y trozos de escudos heráldicos, la vanidosa calidad de sus hidalgos de solar conocido. Los ríos, salidos de madre, completan la obra de destrucción del cataclismo. La muerte y la desolación campean por todas partes. Los pocos supervivientes, menos de la tercera parte de su población, se refugian en las aldeas, pueblos y haciendas circunvecinas. ¿Qué hacer en tan duro trance? Reconstruir la ciudad. ¿En dónde? ¿En el mismo sitio? No. Repuestos de la primera impresión, con tenacidad y abnegación que son para ponderadas, acuerdan formar una nueva ciudad en la llanura de Tapi, a varios kilómetros de la que fuera destruida. El presidente de la Audiencia de Quito, Barón de Carondelet, viene en auxilio de la población; se trazan las calles y se comienza a edificar.

El acierto en la elección del sitio no puede ser mejor. Planicie extensa y firme, sin colinas cercanas. Clima templado y sano. El cielo diáfano y sin límites el horizonte. Caldas y Humboldt, que la visitan cuando apenas principia a tomar forma de población, con sus calles amplias, rectas y planas, elogian su ubicación geográfica, y Bosin-gault encuentra allí "el diorama más singular del Universo".

Allá, en el límite ideal del horizonte, cinco nevados: Chimborazo, Carihuarazo, Tungurahua, Altar y Cubillín—flechas de luz lanzadas al infinito—enseñan a sus moradores a buscar los caminos de Dios.

Ciento cincuenta años tiene la nueva ciudad. Heredera de los blasones de la vieja Riobamba, conserva con honor y amor las glorias de su clara estirpe y lucha con tenacidad por alcanzar su progreso. Sus habitantes aún se distinguen y señalan por su tradicional sentido de cortesía, que hace amable el trato entre los hombres.

J O S E M A R I A A V I L E S M O S Q U E R A